

Ensayo sobre las poesías...

(Viene de la página 118).

místico, concentrado en algo abstracto y que se simboliza en un ser humano. El bardo gentil es el padre de las musas, hecho mortal.

De *Invicta* los versos gallardos y fibrosos, he leído y releído a menudo, en voz alta. ¡Qué altivez displicente hay en la heroína; qué serenidad de altas cumbres en sus ideas; qué helado y duro su *corazón de princesa cautiva!*

Oídla responder augusta, la frente alta, aunque transparente infinitos pesares, la actitud erguida de principessa bravura, a su solícito galán y señor, por la atroz ley de la victoria.

Habla la cautiva:

«Sé que eres fuerte, poderoso y bello
como un soberbio gladiador romano;
que de las glorias de inmortal destello
el cetro empuña tu gallarda mano;

sé que tienes de rey la invicta fibra,
la voluntad espléndida y valiente;
sé que el clarín que ante los héroes vibra,
arrulla con sus cánticos tu frente;

sé que tus ojos, de hondo poderío,
como el llameante abismo están abiertos...
Sé que eres grande, indómito y bravo
como el noble señor de los desiertos.

Sé que ante mí tu imperio se dilata,
que en tu visión de vencedor me avistas.
A la lumbre del rayo se desata
la ruda tempestad de sus conquistas.

Ya tu mirada combatió la mía,
ya me asestó sus flechas luminosas;
ya ornar quisiste mi Tebaida fría
con la efímera pompa de las rosas.

Ya quisiste venir audaz y altivo
envuelto en la epopeya de tus glorias,
y llevarme cual pájaro cautivo
al palacio nupcial de tus victorias.

Pero sé que el corcel de tus deseos
marcha inminente a su primer derrota;
que al preciado joyel de tus trofeos
no podrás engarzar mi vida rota.

Sé que si enciendes en la lid de amores
las pupilas de fuego con que abrasas,
apagará sus bélicos ardores
el frígido metal de mis corazas.

Sé que no apresarán tus recios bríos
de mi alma libre la triunfal bandera,
la que ostenta la flor de mis desvíos
cuando hago tremolar su faz guerrera.

Es inútil que el ritmo de tus sienas
marque el valor de tu viril arrojito,
y atado al eslabón de mis desdenes
los dientes hinques en tu labio rojo.

Es inútil que henchido de coraje,
suelta la garra en pos de tus quimeras
como el león que acecha entre el bosque,
des al aire la ondeante cabellera.

Yo soy como la firme roca erguida
que el oleaje amenaza en su bravura,
y eternamente ante la mar vencida
su cresta eleva en la gigante altura.

Como la cumbre hundida entre los cielos,
más allá de los astros inmortales,
que no pueden tocar los raudos vuelos
de las más fuertes águilas caudales.

Es inútil que rujas y seguro
contra mi pecho tu potencia esgrimas:
yo tengo un corazón helado y duro
como la blanca nieve de las cimas.»

¿Háse oído en el Parnaso uruguayo o americano nota más vibrante, canción más fluida y soberbiamente vigorosa y enérgica? Aquí ha llegado el talento de María Eugenia Vaz-Ferreira a lo hondo de sí, a la suprema belleza de su inspiración. Hé ahí su real ruta en el Ateneo, donde acaso, como Corina, será coronada un día.

De las otras poesías menores, éstos son los versos más hermosos:

«Perdida la esperanza, (1)
el ensueño perdido,
soportaba la angustia
de mi agudo martirio.»

«Ven y siéntate a mi lado (2)
que un sueño triste he tenido;
pon mis manos en las tuyas
como siempre, y dí, bien mío,
alguna dulce palabra
bien cerquita de mi oído.»

Esto es hermoso, tiene del sentimiento acariciante que expresa, la suavidad, la ternura y la melancolía.

«Tú no sabes, tú no sabes (3)
lo que yo llevo guardado...
Y ayer, por reverenciarme,
el sombrero te has quitado.

Si lo supieras, mi dueño,
cuando junto a mí pasaras,
¡ay! en lugar del sombrero,
el corazón te quitaras!».

¡Qué grito pasional encierran estas dos estrofas!
He aquí otra, digna gemela de la anterior:

«En la desierta calle (4)
toda blanca del sol de mediodía,
súbitamente un órgano desata
la cadencia de un vals, honda y sencilla.

Mi alma lanza a mi cuerpo
en vueltas locas, a la par que rítmicas;
una angustia me oprime, es un sollozo:
¿quién podrá consolar esta alegría?».

Los dos poemitas que siguen, pintan las angustias de un alma de novia:

(1) Poesía N° XIII.

(2) Poesía N° XV.

(3) Poesía N° XX.

(4) Poesía N° XXI.

Esta numeración es la que se lleva en el cuaderno inédito de sus poesías. La poetisa ha sido siempre rehacia a publicar. Su modestia literaria explica que haya sido eclipsada su popularidad por poetisas muy inferiores a ella.